HACIA UNA SOCIEDAD DE BIENESTAR DISTRIBUIDO

Una reflexión sobre el poder, la cooperación y las instituciones en el siglo XXI

Introducción:

Las instituciones humanas pueden entenderse como tecnologías sociales. Así como una herramienta mecánica se diseña para resolver un problema físico, las instituciones se crean para resolver problemas de coordinación entre personas.

A lo largo de la historia, cada una de ellas surgió como respuesta a necesidades concretas: los mercados facilitaron el intercambio de bienes y servicios entre individuos, los Estados permitieron administrar territorios cada vez más extensos y complejos, las leyes aparecieron para regular conflictos y establecer reglas comunes de convivencia, las burocracias hicieron posible coordinar poblaciones numerosas y sistemas de creciente complejidad; pero ninguna de estas estructuras surgió por accidente, todas fueron soluciones prácticas a los desafíos de su época.

Sin embargo, las instituciones no son eternas. Evolucionan cuando cambian las condiciones materiales, tecnológicas y culturales que les dieron origen. Las herramientas que alguna vez resultaron eficaces pueden volverse insuficientes cuando el mundo que las justificaba deja de existir.

Hoy la humanidad posee capacidades sin precedentes. Produce más riqueza que cualquier civilización anterior, dispone de tecnologías capaces de conectar y coordinar a millones de personas en tiempo real y ha acumulado un vasto conocimiento científico sobre la conducta humana, la cooperación, la salud y la organización social. Y aun así, persisten niveles significativos de pobreza, desigualdad, sufrimiento psicológico, violencia y concentración de poder.

Esta aparente contradicción plantea una pregunta fundamental: si contamos con recursos, conocimientos y capacidades que nuestros antepasados jamás imaginaron, ¿por qué seguimos enfrentando problemas que parecen resistirse al progreso?

La hipótesis que guía este ensayo es que parte de la respuesta podría encontrarse en las propias instituciones que organizan nuestra vida colectiva. Y de ella surge una pregunta aún más profunda:

¿Hasta qué punto nuestras instituciones actuales fueron diseñadas para un mundo que ya no existe?.

El problema de la herencia institucional

Las sociedades no diseñan sus instituciones desde cero; las heredan. Y como ocurre con cualquier herencia, muchas de esas instituciones fueron creadas para responder a problemas muy distintos de los que enfrentamos hoy.

Durante miles de años, la humanidad vivió bajo condiciones de escasez permanente. La información circulaba lentamente, la educación estaba reservada para una minoría, las comunicaciones eran limitadas y la capacidad productiva resultaba insuficiente para garantizar niveles generalizados de bienestar. En ese contexto, las estructuras jerárquicas ofrecían ventajas evidentes. Permitían coordinar grandes grupos humanos, agilizar la toma de decisiones y reducir los costos de organización en sociedades cada vez más complejas.

Sin embargo, las mismas estructuras que ayudaban a resolver ciertos problemas también tendían a concentrar poder. Y toda concentración de poder genera el riesgo de producir desigualdades. La historia ofrece innumerables ejemplos de cómo la autoridad acumulada, originalmente justificada por necesidades prácticas, terminó transformándose en mecanismos de dominación. Lo que comenzó como una solución para organizar a la sociedad, con frecuencia acabó convirtiéndose en una herramienta para preservar privilegios y limitar la participación de otros.

Comprender este proceso no implica negar la utilidad que esas instituciones tuvieron en su momento. Significa reconocer que muchas de ellas fueron diseñadas para un mundo diferente y debemos preguntarnos si continúan siendo las mejores respuestas para los desafíos del presente.

Lo que hemos aprendido sobre la condición humana

Durante los últimos dos siglos, la humanidad ha desarrollado diversas disciplinas dedicadas a estudiar científicamente el comportamiento humano. Aunque sus conclusiones son complejas y continúan evolucionando, algunas tendencias generales resultan difíciles de ignorar.

La evidencia sugiere que los seres humanos no son exclusivamente egoístas ni exclusivamente altruistas. Por el contrario, poseen la capacidad para ambas conductas y las condiciones sociales influyen profundamente en cuál de ellas tiende a manifestarse con mayor fuerza en una sociedad. Las cárceles, son un claro ejemplo de ésto.

Las investigaciones también han demostrado que la pobreza puede afectar el desarrollo cognitivo, que el trauma deja huellas duraderas en el comportamiento, que la desigualdad modifica los niveles de confianza social y que la exclusión puede favorecer dinámicas de violencia. Del mismo modo, las decisiones individuales suelen verse fuertemente influenciadas por las normas, incentivos y marcos legales que una sociedad establece.

Nada de esto implica que la responsabilidad personal no exista. Sin embargo, sí cuestiona la idea de que los problemas sociales puedan explicarse únicamente a partir de las decisiones de cada individuo. Las elecciones personales importan, pero también importan las circunstancias en las que esas elecciones se producen.

La riqueza como fenómeno colectivo

La riqueza no surge en el vacío ni es el resultado exclusivo del esfuerzo de una sola persona. Detrás de cada avance, de cada empresa exitosa y de cada innovación tecnológica, existe una larga cadena de aportaciones acumuladas a lo largo del tiempo. Los descubrimientos del presente se apoyan en los conocimientos del pasado; las empresas operan gracias a infraestructuras construidas colectivamente, y los trabajadores desarrollan sus capacidades a partir de saberes transmitidos por generaciones anteriores.

La economía moderna es, en esencia, una obra colectiva.

Esto no significa restar valor al talento, la disciplina o la creatividad individual, el mérito personal existe y desempeña un papel fundamental, pero siempre se desarrolla dentro de un entramado social que lo hace posible. Ninguna persona crea por sí sola todas las condiciones que permiten su éxito y comprender esta realidad invita a reflexionar sobre una cuestión legítima: si la producción de riqueza depende, en gran medida, de esfuerzos y recursos compartidos, también resulta razonable debatir de qué manera deberían distribuirse los beneficios que de ella se derivan.

El bienestar como objetivo institucional

Si las instituciones son herramientas diseñadas para resolver problemas humanos, entonces resulta razonable evaluarlas por los resultados que producen.

Con frecuencia, el éxito de una sociedad se mide mediante indicadores como el crecimiento económico, la fortaleza del Estado o el avance tecnológico. Sin embargo, estos criterios son, en última instancia, medios y no fines.

Una economía puede expandirse, un gobierno puede aumentar su capacidad de control y una sociedad puede desarrollar tecnologías cada vez más sofisticadas, pero ninguna de estas cosas responde por sí sola a la pregunta más importante. La cuestión fundamental es mucho más simple y, al mismo tiempo, mucho más profunda:

¿Están nuestras instituciones contribuyendo al bienestar de las personas?

Responder esa pregunta exige comprender que el bienestar humano no puede reducirse únicamente al ingreso económico, también incluye la salud física y mental, la seguridad material, el acceso a la educación, la posibilidad de participar en las decisiones colectivas, la disponibilidad de tiempo libre, la capacidad de construir relaciones sociales significativas y acceso a energías renovables que no dañen al ecosistema natural del que depende la condición humana. En otras palabras, implica contar con las condiciones necesarias para desarrollar una vida plena y digna.

Desde esta perspectiva, garantizar ciertos mínimos universales deja de ser una cuestión puramente ideológica y se convierte, más bien, en un problema de diseño institucional.

Si una sociedad posee los recursos y conocimientos necesarios para asegurar esas condiciones básicas, la pregunta ya no es si debería intentarlo, sino cómo diseñar instituciones capaces de hacerlo de la manera eficaz, sostenible y justa.

La distribución del poder

Uno de los desafíos más persistentes de toda organización humana ha sido la distribución del poder. A lo largo de la historia, las sociedades han buscado diferentes formas de evitar que una sola persona o grupo adquiera suficiente influencia para imponer su voluntad sobre los demás.

La democracia moderna surgió, en gran medida, como una respuesta a ese problema. Las elecciones periódicas, la división de poderes, los sistemas de representación y los mecanismos de control institucional constituyeron avances históricos extraordinarios. Gracias a ellos, millones de personas obtuvieron derechos políticos que durante siglos estuvieron reservados para pequeñas élites.

Sin embargo, estos mecanismos nunca eliminaron por completo la tendencia a la concentración del poder. Lo que hicieron fue modificar sus formas de expresión y crear límites que, aunque valiosos, siguen siendo insuficientes.

Hoy, la concentración no solo puede encontrarse en las estructuras tradicionales del gobierno. También aparece en el ámbito económico, cuando una pequeña cantidad de actores controla recursos desproporcionados; en el ámbito mediático, cuando pocas organizaciones influyen sobre gran parte de la información que circula en una sociedad; en el ámbito tecnológico, cuando las plataformas digitales adquieren la capacidad de moldear comportamientos a escala masiva; y en el ámbito burocrático, cuando las instituciones desarrollan niveles de complejidad que dificultan la supervisión ciudadana.

El problema de fondo sigue siendo el mismo que preocupaba a las sociedades del pasado: cuanto más poder se concentra, mayor es el riesgo de que ese poder pueda utilizarse para beneficiar a unos pocos, en detrimento del conjunto.

Por esta razón, la gran tarea política del futuro podría no consistir únicamente en decidir quién gobierna, tal vez el desafío más importante sea diseñar instituciones capaces de distribuir el poder de manera más amplia, transparente y equilibrada. Sistemas en los que ninguna persona, organización o grupo pueda acumular la capacidad suficiente para dominar al resto, independientemente de la forma que adopte ese poder.
En ese sentido, la pregunta central ya no sería únicamente quién debe ejercer la autoridad, sino cómo construir estructuras que hagan más difícil su concentración y más fácil su supervisión por parte de la sociedad.

Una dirección posible

Si las instituciones existen para reducir problemas humanos y aumentar el bienestar colectivo, entonces deben evaluarse por su capacidad para cumplir ese propósito. Y si las evidencias acumuladas por la historia, las ciencias sociales, la economía, la psicología y la salud pública son correctas, ciertas conclusiones comienzan a emerger con notable claridad.

No hablamos de verdades absolutas ni de modelos perfectos. Hablamos de direcciones razonables hacia las cuales orientar el diseño institucional del siglo XXI.

Entre ellas destacan:

- La garantía universal de vivienda, porque ninguna sociedad puede aspirar al bienestar mientras millones de personas carecen de estabilidad habitacional.
- El acceso universal a una salud integral, entendida no solo como atención médica, sino también como salud mental, prevención y calidad de vida.
- Una educación pública de alta calidad, capaz de desarrollar plenamente las capacidades humanas independientemente del origen económico de cada persona.
- Sistemas de justicia restaurativa que prioricen la reparación del daño, la reintegración social y la reducción de la reincidencia.
- Políticas de drogas basadas en evidencia científica, salud pública, regulación legal y reducción de daños, en lugar de estigmatización y enfoques exclusivamente punitivos.
- Transparencia institucional radical que permita a los ciudadanos supervisar de manera efectiva el ejercicio del poder.
- Mecanismos permanentes de participación ciudadana que complementen y fortalezcan los procesos electorales tradicionales.

- Reducción de las concentraciones extremas de riqueza que terminan traduciéndose en concentraciones equivalentes de influencia política, económica y social.
- Formas de gobernanza policéntrica, científica y distribuida que disminuyan la dependencia de centros únicos de poder y aumenten la resiliencia institucional a través de la evidencia empírica.
- Una transición energética sostenible que permita mantener el desarrollo humano sin comprometer las condiciones de vida de las generaciones futuras.

Ninguna de estas propuestas surge de una preferencia ideológica arbitraria. Todas responden a una misma lógica: si ya comprendemos mejor las condiciones que favorecen la salud, la cooperación, la estabilidad social y el desarrollo humano, resulta razonable que nuestras instituciones reflejen ese conocimiento.

La cuestión no es construir una sociedad perfecta. La historia demuestra que ninguna existe. La cuestión es mucho más práctica: utilizar la mejor evidencia disponible para diseñar instituciones capaces de reducir el sufrimiento evitable, ampliar las oportunidades humanas y limitar las formas de dominación que históricamente han acompañado a la concentración del poder.

Objeciones frecuentes y respuestas

Ninguna propuesta institucional está exenta de críticas. De hecho, una sociedad abierta depende precisamente de la capacidad de cuestionar sus propias ideas. Las siguientes objeciones aparecen con frecuencia cuando se discuten reformas orientadas al bienestar humano, la distribución del poder o la garantía de derechos universales. Algunas plantean riesgos reales; otras parten de supuestos discutibles y todas merecen ser examinadas con seriedad.

“La naturaleza humana es egoísta por naturaleza”

Probablemente esta sea una de las objeciones más antiguas. Si los seres humanos son fundamentalmente egoístas, cualquier intento de construir instituciones más cooperativas estaría condenado al fracaso desde el principio.

Sin embargo, la evidencia acumulada por la antropología, la psicología evolutiva y la biología del comportamiento sugiere una realidad más compleja. Los seres humanos poseen capacidades tanto competitivas como cooperativas. Somos capaces de actuar por interés propio, pero también de colaborar, compartir recursos, construir normas colectivas e incluso realizar sacrificios en beneficio de otros.

La pregunta relevante, por tanto, no es cuál de estas capacidades existe. Ambas existen. La cuestión es cuáles incentivan, recompensan y fortalecen las instituciones que construimos.

“Sin incentivos económicos desaparecerían la innovación y el progreso”

Esta objeción parte de una observación válida: los incentivos importan. Las personas responden a recompensas y las sociedades necesitan mecanismos que estimulen la creatividad, el esfuerzo y la resolución de problemas.

Sin embargo, reducir toda motivación humana al beneficio económico resulta difícil de sostener a la luz de la historia. Gran parte de los avances científicos, artísticos y tecnológicos fueron impulsados por la curiosidad, el deseo de reconocimiento, la vocación, el propósito personal o la búsqueda de conocimiento.

Los incentivos económicos pueden desempeñar un papel importante, pero no son el único motor de la innovación. Diseñar instituciones más orientadas al bienestar no implica eliminar los incentivos, sino comprender que la motivación humana es más diversa de lo que suelen asumir los modelos económicos más simplificados.

“Los expertos terminarían convirtiéndose en una nueva élite”

Este riesgo merece ser tomado muy en serio. El conocimiento especializado es indispensable para comprender problemas complejos, pero también puede convertirse en una fuente de poder difícil de supervisar.

La historia demuestra que ninguna élite es inmune a los incentivos, los sesgos o los intereses propios. Por ello, el objetivo no debería ser reemplazar unas élites por otras, sino diseñar mecanismos que impidan la concentración excesiva de autoridad.

El conocimiento experto debe informar las decisiones colectivas, pero no monopolizarlas. La transparencia, la rendición de cuentas, la diversidad de perspectivas, la rotación de responsabilidades y la supervisión distribuida son herramientas fundamentales para evitar que la especialización se transforme en dominación.

“Toda organización termina concentrando poder”

Existe una considerable evidencia histórica que respalda esta preocupación. Incluso las instituciones creadas con las mejores intenciones tienden a desarrollar centros de poder con el paso del tiempo.

Por esa razón, el objetivo no debería ser imaginar una sociedad donde la concentración desaparezca por completo. Probablemente ningún sistema humano pueda lograrlo de manera definitiva.

La tarea más realista consiste en reconocer esa tendencia como un problema permanente y así detectar las concentraciones de poder, limitar sus efectos,

distribuir contrapesos y corregir los desequilibrios cuando aparecen. Esto puede ser más importante aún, que perseguir la ilusión de eliminarlos para siempre.

“Los mercados coordinan mejor que cualquier alternativa”

Los mercados son una de las herramientas de coordinación más eficaces que la humanidad ha desarrollado. Permiten procesar enormes cantidades de información descentralizada y facilitan la asignación de recursos en sistemas complejos.

Reconocer esta capacidad no obliga a concluir que todos los aspectos de la vida humana deben quedar subordinados a la lógica del mercado.

La cuestión central no es si los mercados deben existir, sino cuáles son sus límites apropiados. Algunas dimensiones de la vida colectiva pueden beneficiarse enormemente de mecanismos de intercambio y competencia. Otras, como ciertos derechos fundamentales o necesidades básicas, podrían requerir protecciones que no dependan exclusivamente de la capacidad de pago de cada individuo.

El verdadero debate no gira en torno a la existencia de los mercados, sino sobre el papel que deberían desempeñar dentro de un sistema institucional orientado al bienestar humano.

Límites e incertidumbres

Ninguna teoría política seria debería presentarse como una solución definitiva. La historia está llena de sistemas que prometieron resolver de manera permanente los problemas humanos y terminaron produciendo consecuencias imprevistas. Precisamente por esa razón, cualquier propuesta institucional debe reconocer desde el principio sus propios límites.

Las ideas desarrolladas en este ensayo no constituyen un plano acabado para una sociedad futura. Son, en el mejor de los casos, una dirección posible basada en el conocimiento actualmente disponible. Y como todo conocimiento humano, permanece incompleto.

Existen preguntas importantes para las cuales todavía no poseemos respuestas plenamente satisfactorias:

¿Cómo evitar la aparición de nuevas élites en sistemas diseñados para distribuir el poder?

¿Cómo equilibrar la libertad individual con las necesidades del bienestar colectivo sin sacrificar ninguna de las dos?

¿Cómo coordinar decisiones que afectan a toda la humanidad sin crear nuevas estructuras burocráticas excesivamente centralizadas?

¿Cómo proteger la privacidad de las personas en instituciones que buscan ser cada vez más transparentes?

¿Cómo impedir que las tecnologías distribuidas sean capturadas por actores que disponen de mayores recursos económicos, técnicos o políticos?

Estas preguntas no son detalles menores. Son desafíos reales que cualquier proyecto de transformación institucional deberá enfrentar. Ignorarlos sería una forma de ingenuidad y asumir que ya han sido resueltos por el conocimiento acumulado, sería una forma de arrogancia.

Sin embargo, la existencia de incertidumbres no invalida necesariamente una propuesta. La ciencia avanza precisamente porque reconoce lo que todavía desconoce. Las instituciones humanas podrían beneficiarse de la misma actitud en lugar de buscar sistemas perfectos, tal vez debamos concentrarnos en construir sistemas capaces de aprender, adaptarse y corregirse.

Después de todo, ninguna sociedad puede garantizar la ausencia de errores. Lo que sí puede hacer es desarrollar mecanismos que permitan identificarlos, debatirlos y rectificarlos antes de que se conviertan en problemas permanentes.

La verdadera fortaleza de una institución no reside en su capacidad para evitar toda equivocación. Reside en su capacidad para reconocer cuándo se ha equivocado y encontrar las formas de corregirlo.

Si la historia ofrece una lección constante, es precisamente esta: las sociedades más resilientes no son aquellas que creen haber encontrado respuestas definitivas, sino aquellas que conservan la humildad suficiente para seguir haciéndose preguntas.

Conclusión

Las sociedades humanas han cambiado una y otra vez a lo largo de la historia. Los sistemas políticos, las estructuras económicas, las normas sociales y las instituciones que organizan nuestra vida colectiva han sido transformados en innumerables ocasiones. Muchas de las ideas que hoy consideramos normales habrían parecido imposibles para generaciones anteriores. Del mismo modo, no existe ninguna razón para asumir que nuestras instituciones actuales representan el punto final de esa evolución.

Si algo nos enseña la historia es que las sociedades no permanecen estáticas. Cambian cuando cambian los conocimientos, las tecnologías, las condiciones materiales y la comprensión que los seres humanos tienen de sí mismos.

Las ciencias contemporáneas han ampliado enormemente esa comprensión. Sabemos más que nunca sobre el comportamiento humano, la cooperación, la salud física y mental, los efectos de la pobreza, la distribución del poder y las condiciones que favorecen el bienestar. Este conocimiento no elimina los conflictos ni las incertidumbres, pero sí nos permite observar con mayor claridad que muchas formas de sufrimiento que durante siglos fueron consideradas inevitables podrían ser, al menos en parte, reducibles.

La pregunta central de este ensayo nunca ha sido cómo construir una sociedad perfecta. La perfección pertenece al terreno de las utopías, no al de las instituciones humanas. Toda sociedad seguirá enfrentando desafíos, errores, desacuerdos y problemas inesperados.

La pregunta ahora es:

¿Podemos construir instituciones mejores que las que heredamos?

¿Podemos diseñar sistemas más capaces de distribuir el poder, ampliar las oportunidades humanas y reducir el sufrimiento evitable?

¿Podemos utilizar el conocimiento acumulado por generaciones para algo más ambicioso que administrar indefinidamente problemas que quizás ya poseemos la capacidad de resolver?

No existe garantía de éxito. Tampoco existe un modelo definitivo que pueda aplicarse de manera universal. Pero la ausencia de certezas nunca ha impedido el progreso humano. Cada avance significativo de nuestra historia comenzó con la decisión de cuestionar aquello que parecía inmutable.

Tal vez ese sea el desafío de nuestro tiempo: reconocer que las instituciones no son leyes de la naturaleza, sino creaciones humanas. Y si fueron creadas por seres humanos, también pueden ser revisadas, corregidas y mejoradas por ellos.

El futuro no depende únicamente de las tecnologías que desarrollemos. Depende también de nuestra capacidad para imaginar y construir instituciones que estén a la altura del conocimiento que ya hemos alcanzado.

ANEXO ACADÉMICO COMENTADO

I. Historia de las instituciones y la organización social

The Great Transformation

Tesis principal:
Los mercados modernos no surgieron espontáneamente; fueron construidos políticamente por los Estados.

Aporte al texto:
Cuestiona la idea de que las instituciones económicas actuales sean naturales o inevitables.

Debt: The First 5000 Years

Tesis principal:
Las relaciones económicas humanas históricamente han sido mucho más diversas que el simple intercambio de mercado.

Aporte al texto:
Muestra que otras formas de organización económica han existido y pueden volver a imaginarse.

The Dawn of Everything

Tesis principal:
Las sociedades humanas han experimentado una enorme diversidad política; la jerarquía permanente no es una consecuencia inevitable de la complejidad.

Aporte al texto:
Proporciona respaldo histórico a la idea de que existen alternativas institucionales.

II. Poder y gobernanza

Governing the Commons

Tesis principal:
Las comunidades pueden gestionar recursos compartidos sin depender exclusivamente del mercado ni del Estado centralizado.

Aporte al texto:
Fundamento empírico para la gobernanza distribuida.

Brain of the Firm

Tesis principal:
Las organizaciones complejas pueden coordinarse mediante sistemas de retroalimentación distribuidos.

Aporte al texto:
Base cibernética para instituciones policéntricas.

The Rise of the Network Society

Tesis principal:
Las tecnologías de información están transformando la estructura misma del poder.

Aporte al texto:
Explica por qué las redes adquieren relevancia política creciente.

III. Desigualdad y bienestar

Capital in the Twenty-First Century

Tesis principal:
La riqueza tiende a concentrarse sin mecanismos correctivos.

Aporte al texto:
Fundamento empírico para debatir la distribución económica.

The Spirit Level

Tesis principal:
Las sociedades más igualitarias suelen presentar mejores indicadores sociales.

Aporte al texto:
Conecta desigualdad con bienestar colectivo.

IV. Conducta humana

Behave

Tesis principal:
El comportamiento humano surge de interacciones complejas entre biología, entorno y experiencia.

Aporte al texto:
Cuestiona explicaciones simplistas sobre la conducta.

Determined

Tesis principal:
La noción tradicional de libre albedrío merece una profunda revisión científica.

Aporte al texto:
Invita a repensar responsabilidad, castigo y justicia.

V. Justicia y drogas

Changing Lenses

Tesis principal:
La justicia debería centrarse en reparar daños antes que únicamente castigar.

Aporte al texto:
Fundamento de la justicia restaurativa.

Drug Use for Grown-Ups

Tesis principal:
Las políticas de drogas deberían basarse en evidencia científica y reducción de daños**.**

Aporte al texto:
Respaldo para enfoques sanitarios sobre consumo, despenalización y desestigmatización del consumo.

VI. Críticas indispensables

The Road to Serfdom

Por qué leerlo:
Advierte sobre los riesgos de la concentración estatal y de la planificación excesiva.

Capitalism and Freedom

Por qué leerlo:
Defiende la relación entre libertad económica y libertad política.

The Open Society and Its Enemies

Por qué leerlo:
Recuerda que ninguna teoría política debe considerarse definitiva o incuestionable.

RUTA FILOSÓFICA:

Ciencia política y democracia:

Robert Dahl.
Libro principal:

- Democracy and Its Critics

Preguntas:

- ¿Cómo distribuir el poder?
- ¿Cómo evitar oligarquías?
- ¿Qué hace democrática a una sociedad?

Jürgen Habermas
Libros:

- Between Facts and Norms
- The Theory of Communicative Action

Preguntas:

- ¿Cómo pueden las personas tomar decisiones colectivas mediante deliberación?
- ¿Puede la racionalidad compartida sustituir ciertas formas de autoridad?

James Madison.
Texto:

- The Federalist Papers

Pregunta central:

- ¿Quién controla a quienes gobiernan?

Fue precisamente de aquí de donde surge el problema clásico del "vigilante".

Poder, vigilancia y jerarquías

Michel Foucault
Libros:

- Discipline and Punish
- The History of Sexuality

Preguntas:

- ¿Qué es realmente el poder?
- ¿Está concentrado o distribuido?
- ¿Puede existir vigilancia sin un vigilante central?

Gobernanza policéntrica

Elinor Ostrom
Libros:

- Governing the Commons
- Understanding Institutional Diversity

Estudió sistemas donde no existe un centro único de poder.

Redes y sistemas complejos

Norbert Wiener
Libro:

- Cybernetics

Fundador de la cibernética.

Su pregunta:

- ¿Cómo se autorregulan sistemas complejos?

Stafford Beer
Libros:

- Brain of the Firm
- Platform for Change

Intentó diseñar sistemas de gobierno basados en retroalimentación distribuida.

Manuel Castells
Libro:

- The Rise of the Network Society

Pregunta:

- ¿Qué ocurre cuando la sociedad se organiza como una red en lugar de una jerarquía?

Desigualdad económica

Thomas Piketty
Libro:

- Capital in the Twenty-First Century

Pregunta:

- ¿Por qué la riqueza tiende a concentrarse?

Mariana Mazzucato
Libro:

- The Entrepreneurial State

Pregunta:

- ¿Quién financia realmente la innovación?

Identidades capitalistas que son financiadas por el Estado.

Estatus y consumo

Thorstein Veblen
Libro:

- The Theory of the Leisure Class

Pregunta:

- ¿Por qué las personas desean ciertos bienes?

Pierre Bourdieu
Libro:

- Distinction

Pregunta:

- ¿Cómo se construye el prestigio social?

Drogas, trauma y conducta humana

Gabor Maté
Libro:

- In the Realm of Hungry Ghosts

Pregunta:

- ¿Qué papel juegan el trauma y el sufrimiento en la adicción?

Justicia restaurativa

Howard Zehr
Libro:

- Changing Lenses

Pregunta:

- ¿Qué pasaría si la justicia buscara reparar, en lugar de castigar?